

las francesas no conocían antes de la paz y que han sido importadas por las inglesas con las formas de sus servicios de mesa, de sus arneses, de sus caballos y de sus pilas de hielo británico que refrescan un salón cuando se encuentran en él una cierta cantidad de *ladies*. Los dos jóvenes se pusieron serios como dependientes que esperan una gratificación después de la reprimenda que acaban de recibir de su director. Al enamorarse de Victoriano, la duquesa se había resuelto á desempeñar ese papel de Inés romántica que fue imitada por muchas mujeres para desgracia de la juventud de hoy. La señora de Maufrigneuse acababa de convertirse provisionalmente en ángel, del mismo modo que pensaba entregarse á la literatura y á la ciencia á eso de los cuarenta años, en lugar de inclinarse á la devoción. Mostraba empeño en no parecerse á nadie, se creaba papeles y trajes, gorros y opiniones, tocados y maneras de obrar originales. Después de su matrimonio, cuando era aún casi doncella, había representado el papel de mujer instruida y casi perversa; se había permitido réplicas comprometedoras hechas á gentes superficiales, pero que probaban su ignorancia á los verdaderos conocedores. Como la época de su matrimonio le prohibía ocultar los años y como frisaba ya en los 26, había inventado el medio de hacerse inmaculada. Apenas parecía tocar en tierra y movía sus grandes mangas cual si fuesen alas. Su mirada se dirigía al cielo con motivo de una palabra, de una idea ó de una expresión un poco animada. La Madona de Piola, aquel gran pintor genovés asesinado por celos en el momento en que se disponía á dar una segunda edición de Rafael, aquella Madona, la más casta de todas y que se ve apenas en su fanal en una callejuela de Génova, aquella celestial Madona, era una Mesalina comparada con la duquesa de Maufrigneuse. Las mujeres se preguntaban como la joven aturdida había podido adquirir, mediante su sencillo tocado, aquella seráfica belleza que parecía dotada de un alma tan blanca como la última nevada caída en lo más alto de los Alpes; como había resuelto tan pronto el problema jesuítico de ofrecer á las miradas una garganta más blanca que su alma ocultándola bajo la gasa, y como podía ser tan inmaterial despidiendo sus miradas expresión tan asesina. Tenía aspecto de prometer mil voluptuosidades con aquella mirada casi lasciva, cuando con un suspiro ascético lleno de esperanza de una vida mejor, su

boca parecía decir que no realizaría nada de lo prometido. Algunos jóvenes sencillos de los que figuraban entonces en la guardia real se preguntaban si en las mayores intimidaciones se tutearía á aquella especie de dama blanca, vapor sideral caído de la Vía láctea. Este sistema, que triunfó durante algunos años, fué muy provechoso á las mujeres que poseían un brillante pecho reforzado de vasta filosofía y que ocultaban grandes infamias bajo modales de sacristía. Ninguna de estas criaturas celestiales ignoraba lo que podía reportarlas en amor el deseo que sentía todo hombre bien nacido de atraerlas á la tierra. Esta moda les permitía permanecer en su imperio semi-católico y semi-osiánico; podían y querían ignorar todos los detalles de la vida, lo cual engendraba muchas cuestiones. La aplicación de este sistema, adivinado por de Marsay, explica su última frase á Rastignac á quien vió casi celoso de Victoriano.

Amigo mío—le dijo—permanece en donde estás: nuestra Nucingen hará tu fortuna, mientras que la duquesa te arruinaría. Es una mujer demasiado cara.

Rastignac dejó partir á de Marsay sin preguntarle nada más; ya conocía su París y sabía que la mujer más preciosa, más noble y más desinteresada del mundo, la mujer á quien no se podía hacer aceptar más que un ramillete, pasa á ser tan peligrosa para una joven como las coristas de ópera de antaño. En efecto, las coristas de ópera han pasado al estado mitológico. Las costumbres actuales de los teatros han hecho de las bailarinas y de las actrices algo entretenido como una Declaración de los derechos de la mujer, muñecas que se pasean por la mañana cual madres de familia virtuosas y respetables antes de enseñar las piernas por la noche en pantalón de punto representando su papel de hombre. Desde el interior de su provincia, el buen Chesnel había adivinado uno de los escollos en que el buen conde podía estrellarse. La poética aureola ostentada por la señora de Maufrigneuse deslumbró á Victoriano, el cual quedó encadenado desde el primer momento á aquella cintura de doncella y á aquellos bucles rizados por mano de las hadas. El niño, el muchacho tan corrompido ya, creyó en aquel fárrago de virginidades de muselina, en aquella suave expresión deliberada como una ley en las Cámaras. ¿No basta que el que tiene que creer en las mentiras de una mujer, crea? El resto del mundo no tiene valor alguno para los dos amantes. La duquesa era induda-

blémente una de las diez mujeres más bonitas de París. Ya sabéis que en el mundo del amor hay tantas *mujeres más bonitas de París como libros más hermosos de la época* en literatura. A la edad de Victoriano, la conversación que tuvo con la duquesa puede sostenerse sin demasiada fatiga. Bastante joven y bastante poco hecho á la vida parisiense, no tuvo necesidad de ponerse en guardia, ni de velar por sus menores palabras ni por sus miradas. Este sentimentalismo religioso que se traduce en cada interlocutor por preocupaciones muy picarescas, excluye la dulce familiaridad y abandono espiritual de las antiguas charlas francesas: se ama uno entre dos nubes. Victoriano tenía precisamente suficiente inocencia provinciana para sumirse en un éxtasis muy conveniente y no fingido que ayudó á la duquesa, pues las mujeres no son tan víctimas del engaño de las comedias que representan los hombres como de las suyas mismas. La señora Maufrigneuse alentó, aunque no sin espanto, el error del joven conde durante seis meses de amor puro. Estaba tan deliciosa vestida de blanco apagando el resplandor de sus miradas bajo las doradas franjas de sus pestañas, que la marquesa de Espard, al irle á decir adiós, empezó por susurrarle al oído: «bien, muy bien, querida mía». Después la hermosa marquesa dejó á su rival viajar en el mapa moderno por el país de la Ternura, que no es una concepción tan ridícula como algunos se figuran. Este mapa se reproduce cada siglo con otros nombres y hasta en la misma Capital. En una hora de entrevista pública, en un rincón sobre un diván, la duquesa llevó á Esgrignon á las generosidades escipionescas, á los sacrificios amadísiacos, á las abnegaciones de la edad media, que empezaban entonces á enseñar sus dagas, barbacanas y cotas de malla, sus corazas y todo su romántico aparejo de cartón pintado. Por otra parte, estuvo admirable con sus retencencias, que penetraban una á una en el corazón de Victoriano de una manera distraída y discreta. Estuvo maravillosa con sus ideas medio expresadas, encantadora con su hipocresía y pródiga con promesas sutiles, que se fundían al ser examinadas como se funde el hielo al sol; en una palabra, pérfida con los deseos que concibió y que inspiró. Aquel hermoso encuentro acabó con el nudo corredizo de una invitación para que volviese á verla, nudo pasado con modales tan zalameros, que jamás podrían ser descritos con palabras.

—Me olvidará usted—le decía.—¡Verá tantas mujeres

que se apresurarán á hacerle la corte en lugar de instruirle!... Pero volverá usted á mí desengañado. ¿Vendrá usted antes?... ¿No? Como usted quiera. Yo me limito á decirle que sus visitas me gustarán mucho. Las gentes que tienen alma son muy raras, y yo creo que usted la tiene. Vamos, adiós, porque, de seguir hablando, acabarían por hablar de nosotros.

Y esto diciendo, se fué. Victoriano no permaneció mucho tiempo después de la marcha de la duquesa, pero estuvo lo suficiente para dejar adivinar su arrebatado con esa actitud de las gentes felices que participa á la vez de la tranquila discreción de los inquisidores y de la beatitud concentrada de las devotas que salen absueltas del confesonario.

—La señora de Maufrigneuse ha obrado bastante ligeramente esta noche—dijo la duquesa de Grandlieu cuando no quedaron más que seis personas en el saloncito de la señorita de Touches.

Estas personas eran: Lupeaulx, un refrendario, un favorecido por Vandenesse, la vizcondesa de Grandlieu-Canalis y la señora de Serisy.

—Esgrignon y Maufrigneuse son dos nombres que debieran unirse—respondió la señora de Serisy, que tenía la pretensión de decir frases.

—Hace algunos días que le ha dado por el platonismo—dijo Lupeaulx.

—Arruinará á ese pobre inocente—dijo Carlos de Vandenesse.

—¿En qué sentido emplea usted la palabra arruinar?—preguntó la señorita de Touches.

—¡Oh! moral y materialmente, eso es indudable—dijo la vizcondesa levantándose.

Esta frase cruel tuvo crueles realidades para el joven conde de Esgrignon. Al día siguiente por la mañana escribió á su tía una carta en la que le pintaba sus comienzos en el mundo elevado del arrabal Saint-Germain con los mismos colores que hace ver el prisma del amor. Le explicó la acogida que tenía en todas partes de modo que dejase satisfecho el orgullo de su padre. El marqués hizo que le leyesen dos veces aquella carta, y se frotó las manos al oír el relato de la comida que le había dado el vidamo de Pamiers, antiguo conocido suyo, y la presentación de su hijo á la duquesa; pero se perdió en conjeturas sin poder

comprender la presencia del hijo menor de un juez, del señor Blondet, que había sido fiscal durante la Revolución. Aquella noche hubo fiesta en el Gabinete de los Antiguos y se habló mucho del éxito del joven conde. Fueron tan discretos acerca de la aventura con la duquesa de Maufrigneuse, que sólo la contaron al Caballero. Aquella carta iba sin *postdata* financiera, sin la conclusión desagradable relativa al nervio de la guerra, que todo joven añade en caso semejante. La señorita Armanda dió cuenta de la carta á Chesnel. Éste se mostró contento sin tener que hacer la menor objeción, pues le parecía indudable, como decían el Caballero y el marqués, que un joven amado por la duquesa de Maufrigneuse iba á ser uno de los héroes de la corte, donde, como antaño, se lograba todo por medio de las mujeres. El joven conde no había escogido mal. Las viudas nobles comentaron las historias galantes de los Maufrigneuse, desde Luis XIII hasta Luis XVI, haciendo caso omiso de los demás reinados, y dieron muestras de parecer encantadas. Se alabó mucho á la duquesa de Maufrigneuse porque se interesaba por Victoriano. El cenáculo del Gabinete de los Antiguos hubiese sido digno de ser escuchado por un autor dramático que hubiese querido hacer una verdadera comedia. Victoriano recibió cartas encantadoras de su padre, de su tía y del Caballero, que le recordaban al vidamo, con el cual había ido su padre á Spa, cuando el viaje que hizo allí en 1778 una célebre princesa húngara. Chesnel escribió también. En todas las páginas brillaba la adulación á que habían acostumbrado á aquel desgraciado muchacho. La señorita Armanda parecía participar á medias de los placeres de la señora de Maufrigneuse. Contento y feliz con la aprobación de su familia, el joven conde entró de lleno en el sendero peligroso y costoso del *dandyismo*. Pero fué moderado, porque sólo tuvo cinco caballos, mientras que de Marsay tenía catorce. Devolvió al vidamo, á Marsay, á Rastignac y hasta á Blondet la comida que le habían dado, que le costó quinientos francos. El provinciano fué obsequiado por estos señores en la misma escala, con grandeza; jugó mucho y desgraciadamente al whist, juego de moda, y procuró distraer su ociosidad de manera que pudiese estar siempre ocupado. Victoriano iba todas las mañanas de doce á tres á casa de la duquesa, y luego la volvía á encontrar en el Bosque de Bolonia yendo

él á caballo y ella en coche. Si estos dos encantadores seres hacían alguna gira á caballo, la realizaban durante las mañanas de buen tiempo. Las reuniones, los bailes, las fiestas y los espectáculos ocupaban las horas del joven conde. Victoriano brillaba en todas partes, porque en todas partes dejaba ver las perlas de su ingenio juzgando á los hombres, las cosas y los acontecimientos con palabras profundas: le hubieseis creído un árbol frutal que no daba más que flores. Hizo esa enervante vida en que tal vez se disipa más el alma que el dinero, en que se anulan los mejores talentos, en que mueren las más incorruptibles probidades y en que se debilitan las voluntades más firmes. La duquesa, aquella criatura tan blanca, tan frágil, tan angelical, gustaba de la vida disipada de los jóvenes, sentía gran apego á las primeras representaciones, amaba lo picaresco y lo imprevisto. Como no conocía la taberna, Esgrignon le procuró una magnífica juerga en el Cancale en compañía de los amables viciosos que se frecuentaban con ella, juerga en la que reinó una alegría y un ingenio iguales al precio de la cena. Esta broma originó otras. Entretanto, esto seguía siendo para Victoriano una pasión angelical. Sí, la señora de Maufrigneuse seguía siendo un ángel á quien no alcanzaban las corrupciones de la tierra, un ángel en el vaudeville en medio de aquellas reuniones medio obscenas que le hacían reír, un ángel en medio del fuego graneado de las deliciosas bromas y de las crónicas escandalosas que se contaban en tales reuniones, un ángel transportado á un palco del vaudeville, un ángel en la Puerta de San Martín, un ángel en teatrillos del bulevar, un ángel en el baile de máscaras, donde se divertía como un estudiante, un ángel que quería que el amor viviese de privaciones, de heroísmos, de sacrificios, y que le hacía cambiar á Esgrignon un caballo cuyo pelo no le gustaba, deseando verle siempre con el lujo de un milord inglés que tuviese un millón de renta. Era también un ángel en el juego. Seguramente que ninguna plebeya hubiera sabido decir tan angelicalmente como ella le decía á Esgrignon: «Juegue usted por mí». Era tan divinamente loca cuando hacía una locura, que había para vender el alma al diablo con tal de mantener á aquel ángel en el goce de las delicias terrestres.

Después del primer invierno, el joven conde había tomado ya en casa del señor Cardot, que se guardaba mucho de

usar del derecho de amonestación, la bagatela de treinta mil francos más de la suma enviada por Chesnel. Una negativa excesivamente cortés del notario á una nueva petición dió á conocer esta deuda á Victoriano, el cual se sintió tanto más contrariado ante la negativa, cuanto que había perdido seis mil francos en el Club y le era preciso devolverlos. Después de haberse formalizado ante la negativa de maese Cardot, que había tenido confianza en él por treinta mil francos, al mismo tiempo que escribía á Chesnel, y que ponía muy de manifiesto tal confianza ante el favorito de la hermosa duquesa de Maufrigneuse, Esgrignon se vió obligado á preguntarle cómo podría salir del paso, pues se trataba de una deuda de honor.

—Gire usted algunas letras de cambio contra el banquero de su padre, lléveselas á su corresponsal, el cual se las descontará sin duda, y luego escriba á su familia diciéndole que entregue los fondos en casa de ese banquero.

En la situación angustiosa en que se hallaba, el joven conde oyó una voz interior que pronunciaba el nombre de Croisier, cuya actitud para con la aristocracia le era completamente desconocida. Escribió, pues, á este banquero una carta muy desenvuelta en la cual le comunicaba que giraba contra él una letra de cambio de diez mil francos, los cuales le serían entregados al recibo de su carta por el señor Chesnel ó por la señorita Armanda de Esgrignon. Y luego escribió dos enternecedoras cartas á Chesnel y á su tía.

Quando se trata de precipitarse en los abismos, los jóvenes dan pruebas de una maña y una habilidad extraordinarias. Victoriano encontró aquella misma mañana el nombre y la dirección de los banqueros parisienses que tenían relaciones con Croisier, de los Keller, que le fueron indicados por de Marsay. Los Keller entregaron á Esgrignon, mediante descuento y sin decirle palabra, el importe de la letra de cambio: eran deudores de Croisier. Aquella deuda del juego no era nada en comparación del estado de las cosas de la casa de Victoriano, sobre la cual llovían facturas.

—¡Toma! ¿te ocupas de eso?—le dijo una mañana Rastignac á Esgrignon riéndose.—No te creía tan plebeyo.

—Querido mío, no me queda más remedio que pensar en ello, pues tengo aquí cuentas por veinte y tantos mil francos.

De Marsay, que iba á buscar á Esgrignon para una ca-

rrera á campo traviesa, se sacó del bolsillo una elegante cartera, sacó de ella veinte mil francos y se los entregó diciéndole:

—Este es el mejor modo de no perderlos, y hoy me alegro doblemente de habérselos podido ganar ayer á mi distinguido padre, milord Dudley.

Esta gracia francesa sedujo extraordinariamente á Esgrignon, que no pagó las facturas y se sirvió de aquel dinero para sus placeres. De Marsay veía con indecible placer que Esgrignon se hundía, y se complacía en apoyar el brazo en su hombro con todo el cariño de la amistad para pesar sobre él y hacerle desaparecer antes, pues estaba celoso del descaro con que la duquesa se mostraba enamorada de Esgrignon. Por otra parte, era uno de esos rudos chocarreros que sienten un placer en el mal, como las mujeres turcas en el baño. Una vez que hubo ganado el premio de la carrera y cuando los postores estuvieron reunidos en casa de un posadero donde almorzaron y donde se bebieron algunas botellas de buen vino, de Marsay dijo riéndose á Esgrignon.

—Estas facturas por las que tú te inquietas, no son ciertamente las tuyas.

—¿Y se inquieta por ellas?—repuso Rastignac.

—Pues ¿á quién pueden pertenecer?—preguntó Esgrignon.

—Pero ¿no conoces la posición de la duquesa?—dijo de Marsay volviendo á montar á caballo.

—No—respondió Esgrignon con curiosidad.

—Pues bien, querido—respondió de Marsay,—aquí la tienes: treinta mil francos en casa de Victorina, diez y ocho mil francos en casa de Houbigant, una cuenta en casa de Herbault, en casa de Nantier, en casa de Nourtier, en casa de las pequeñas Latour, en total cien mil francos.

—¡Un ángel!—dijo Esgrignon levantando los ojos al cielo.

—Sí; esa es la cuenta de sus alas—exclamó burlescamente Rastignac.

—Debe todo eso, querido mío, precisamente porque es un ángel—respondió de Marsay;—pero todos nosotros hemos encontrado ángeles en esas situaciones—dijo mirando á Rastignac.—Las mujeres son sublimes precisamente porque no entienden en dinero, ni se mezclan en estas cosas, ni les importan; son invitadas al *banquete de la vida*, según la frase de no sé qué poeta que reventó en el hospital.

—¿Cómo sabe usted eso, mientras que yo no sé nada?— respondió sencillamente Esgrignon.

—Tú serás el último en saberlo, como será seguramente ella la última en saber que tú tienes deudas.

—Yo le creía cien mil francos de renta—dijo Esgrignon.

—Su marido—repuso de Marsay—está separado de ella y vive en su regimiento, donde hace economías, pues también nuestro querido duque tiene deudas. Pero ¿de dónde sale usted? Aprenda usted como nosotros á echar las cuentas de nuestros amigos. La señorita Diana (yo la he amado por su nombre), Diana de Uxelles se casó con sesenta mil francos de renta, y como su casa está montada hace ocho años sobre un pie de ochenta mil francos, es seguro que sus tierras están hipotecadas por más de lo que valen; será, pues, preciso que algún día se venga abajo todo, que el ángel tenga que apelar á la fuga perseguido por... ¿lo digo? por alguaciles, que cometerán la desvergüenza de embargar á un ángel como embargarían á uno de nosotros.

—¡Pobre ángel!

—Qué quieres, querido mío, cuesta muy cara la vida en el paraíso parisiense, porque hay que blanquearse la tez y las alas todos los días—dijo Rastignac.

Cuando á Esgrignon se le ocurrió confesar sus apuros á su querida Diana, sintió un temblor al considerar que debía ya sesenta mil francos y que aun le esperaban diez mil francos de facturas. Con estas ideas se puso bastante triste, y su preocupación mal disfrazada fué notada por sus amigos, los cuales se dijeron mientras comían:

—Ese Esgrignon se hunde, no tiene hábitos parisienses y se verá obligado á levantarse la tapa de los sesos; es un necio, etc.

El joven conde no tardó en verse consolado. Su ayuda de cámara le entregó dos cartas. En primer lugar, una carta de Chesnel, que olía á la rancia fidelidad gruñona y á las frases rubricadas de probidad; carta que fué respetada por él guardándola para la noche, y luego una segunda carta en la que leyó con un placer infinito las frases ciceronianas con que Croisier, arrodillado ante él como Sganarelle ante Geronte, le suplicaba que en lo sucesivo le ahorrarse la afrenta de tener que depositar de antemano el dinero de las letras de cambio que se dignase girar contra él. Esta carta acababa con una frase que se parecía tan bien á una caja abierta y

llena de escudos al servicio de la casa de Esgrignon, que Victoriano hizo ese gesto propio de todos los que sienten comezones de conciencia en la punta de los dedos. Al saber que podía contar con crédito ilimitado en casa de los Keller, Victoriano abrió alegremente la carta de Chesnel, y él, que esperaba cuatro páginas llenas de exhortaciones y de consejos acerca de la prudencia, del honor y de la conducta, sintió vértigo al leer estas palabras:

«Señor conde: De toda mi fortuna no me quedan más que doscientos mil francos. Yo le suplico que no pase de esta suma, si es que hace el honor de aceptarla del más adicto de los servidores de su familia, que le saluda respetuosamente.

»CHESNEL.»

—Es un hombre de Plutarco—se dijo Victoriano arrojando la carta sobre la mesa.

El joven sintió despecho, y viéndose pequeño ante aquella grandeza, se dijo:

—Vamos, hay que cambiar de conducta.

En lugar de comer en la fonda, donde gastaba de cincuenta á sesenta francos en comida, hizo la economía de comer en casa de la duquesa de Maufrigneuse, á la que contó la anécdota de la carta.

—Quisiera conocer á ese hombre—dijo la duquesa haciendo brillar sus ojos como dos estrellas fijas.

—¿Y qué lograría usted viéndole?

—Pues le encargaría de mis negocios.

Diana estaba divinamente vestida y quiso honrar con su tocado á Victoriano, el cual quedó fascinado al ver la ligereza con que ella trataba sus negocios, ó mejor dicho, sus deudas. La bonita pareja se fué á los Italianos. Aquella hermosa y seductora mujer no pareció nunca más seráfica ni más etérea. Nadie hubiera creído en las deudas, cuyo importe había sido notificado á Esgrignon aquella misma mañana por de Marsay. Ningún cuidado de la tierra parecía preocupar á aquella frente sublime llena de femeniles arrogancias, y su aire soñador parecía ser en aquella mujer el reflejo de un amor noblemente ahogado. La mayor parte de los hombres apostaban á que el guapo Victoriano estaba como el primer día, contra mujeres seguras de la derrota de su rival y que lo admiraban como Miguel Angel admiraba á Rafael, *in petto*.

Victoriano amaba á Diana, según ésta á causa de su pelo, pues tenía la cabellera rubia más hermosa de Francia; según aquélla, su principal mérito era su blancura, pues no estaba bien hecha, sino que iba bien vestida; según otras, la amaba por su pie, única cosa que tenía bonito, pues la cara no tenía nada de particular. Pero he aquí lo que describe asombrosamente las costumbres de París: de un lado los hombres decían que la duquesa sufragaba el lujo de Victoriano, y de otro las mujeres daban á entender que Victoriano pagaba, como decía Rastignac, las alas de aquel ángel. Al salir del teatro, Victoriano, á quien las deudas de la duquesa pesaban más que las suyas, tuvo veinte veces en los labios una interrogación para tratar de este asunto, pero veinte veces se volvió atrás ante la actitud de aquella criatura divina al resplandor de los faroles de su coche, y seductora con aquellas voluptuosidades que en ella parecían siempre arrancadas á su pureza de *madona*. La duquesa no cometía la falta de hablar de su virtud ni de su estado de ángel, como las mujeres de provincia que la han imitado: era mucho más hábil, pues hacía pensar en su dicha virtud á aquel por quien cometía tan grandes sacrificios. Al cabo de seis meses de relaciones, daba aires de un pecado capital al más inocente beso en la mano y fingía con un arte tan consumado que accedía á la fuerza á toda concesión, que era imposible no creerla más ángel antes que después. Sólo las parisienses son bastante hábiles para dar cada vez nuevos atractivos á la luna y para romantizar las estrellas, para manejar siempre el mismo saco de carbón y salir cada vez más blancas. En esto estriba el último grado de la civilización intelectual y parisiense. Las mujeres del otro lado del Rhin ó de la Mancha creen en estas cosas cuando las practican, mientras que las parisienses hacen creer en ellas á sus amantes, adulando todas sus vanidades temporales y espirituales. Algunas personas han querido disminuir el mérito de la duquesa, afirmando que era la primera víctima de estos sortilegios. ¡Infame calumnia! La duquesa no creía en nada más que en sí misma.

A principios del invierno, entre los años 1823 y 1824, Victoriano tenía en casa de los Keller una deuda de doscientos mil francos sin que Chesnel ni la señorita Armanda supiesen nada. Para esconder mejor el manantial de donde se proveía, le había pedido de cuando en cuando dos mil escudos á Chesnel, y escribía engañosas cartas á su pobre padre y á

su tía, los cuales vivían felices y engañados, como la mayor parte de las gentes dichosas. Una sola persona estaba en el secreto de la horrible catástrofe que la corriente fascinadora de la vida parisiense había preparado á aquella grande y noble familia. Cuando Croisier pasaba de noche por delante del Gabinete de los Antiguos, obedeciendo á su instinto de venganza, se frotaba las manos de alegría esperando lograr sus fines, que no eran ya la ruina, sino la deshonra de la casa Esgrignon, de la cual estuvo seguro cuando supo que el joven conde tenía deudas bajo las cuales debía sucumbir. Para preparar su venganza, empezó por asesinar al enemigo que le era más antipático, al venerable Chesnel. Este buen anciano habitaba en la calle del Bercail una casa con patio embaldosado y de techo muy elevado, casa á lo largo de cuyos muros trepaban unos rosales hasta el primer piso. Detrás tenía un jardinito rodeado de muros húmedos y sombríos y dividido en platabandas por medio de mirtos. La puerta de color gris, tenía esa reja con campanillas que dice con más claridad que el letrero: *Aquí respira un notario*. Eran las cinco y media de la tarde, momento en que el anciano digería su comida. Chesnel estaba ante el fuego en su viejo sofá de cuero negro. El buen hombre tenía la costumbre de apoyar los pies en la barra del asiento y atizar el fuego al mismo tiempo que digería. El buen notario comía siempre demasiado, era aficionado á los buenos platos. ¡Ay de mí sin este defectillo ¿no hubiese sido más perfecto de lo que puede serlo un hombre? Acababa de tomar su taza de café; su vieja criada se había retirado llevándose la bandeja que servía para este uso hacía veinte años; esperaba á sus pasantes antes de salir para ir á dar una vuelta, y pensaba, no preguntéis en quién ni en qué... Rara vez transcurría un día sin que él se preguntase: *¿Dónde está? ¿qué hace?* Le creía en Italia con la hermosa Maufrigneuse. Uno de los goces más dulces de los hombres que poseen una fortuna adquirida á fuerza de trabajo, es el recuerdo de las penas que ha costado y el porvenir que preparan á su dinero: gozan en todos los tiempos del verbo. Asimismo este hombre, cuyos sentimientos se resumían en un afecto único, tenía dobles goces pensando que sus tierras tan bien escogidas, tan bien cultivadas y tan penosamente adquiridas aumentarían los dominios de la casa Esgrignon. Muy arrellenado en su viejo sofá, acariciaba sus esperanzas y miraba sucesiva-

mente el edificio levantado por medio de sus tenazas con carbones ardientes y el edificio de la casa Esgrignon, elevado de nuevo gracias á sus cuidados. El anciano aplaudía el giro que había dado á su vida, creyendo feliz al joven conde. Chesnel no carecía de ingenio y su alma no obraba sólo por este gran afecto; tenía su orgullo, se parecía á esos nobles que reconstruyen pilares en las catedrales inscribiendo en ellos sus nombres: él se inscribía en la memoria de la casa de Esgrignon. Se hablaría del viejo Chesnel. En este momento su anciana criada entró dando muestras de un espanto excesivo.

—¿Hay fuego, Brígida?—dijo Chesnel.

—Hay algo que se le parece—le respondió ella.—Está el señor Croisier, que quiere hablarle.

—¡El señor Croisier!—respondió el anciano tan cruelmente atacado en el corazón por la fría hoja de la sospecha, que dejó caer las tenazas.—¡El señor Croisier aquí, nuestro enemigo capital!

Croisier entraba entonces en la actitud del gato que huele una taza de leche en una cocina. Saludó, tomó el sofá que le indicaba el notario, se sentó muy despacito y presentó una cuenta de doscientos veintisiete mil francos, importe del capital é intereses del dinero anticipado por él á Victoriano en letras de cambio cuyo pago reclamaba, so pena de perseguir inmediatamente con el mayor rigor al presunto heredero de la casa Esgrignon. Chesnel miró una á una aquellas fatales letras y rogó el mayor secreto al enemigo de la familia. El enemigo prometió callarse si se pagaban antes de cuarenta y ocho horas: se encontraba apurado, tenía que hacer unos pagos. Croisier empezó á soltar esa serie de mentiras pecuniarias que no engañan ni á los prestamistas ni á los notarios. El buen hombre tenía los ojos empañados por las lágrimas, que apenas podía retener, pues sólo podía pagar hipotecando sus bienes por el resto de su valor. Al saber las dificultades que había para saldar la deuda, Croisier no se encontró ya apurado, no tuvo necesidad de dinero, y propuso de pronto al anciano notario la venta de sus propiedades, venta que fué firmada y consumada en dos días. El pobre Chesnel no pudo soportar la idea de saber que el hijo de la casa iba á estar detenido durante cinco años por deudas; así es que algunos días después, no le quedaron al notario más que su casa y los recursos de su profesión.

Chesnel se paseó despojado de sus bienes por debajo los artonados de encina negra de su despacho contemplando las vigas de castaño y mirando la parra desde la ventana, sin pensar ya en sus quintas ni en su casa de campo del Jard.

—No; ¿qué va á ser de él? Hay que llamarle y casarle con una rica heredera—se decía con los ojos extraviados y la cabeza caída sobre el pecho.

No sabía cómo entablar conversación con la señorita Armada acerca de este punto, ni en qué terminos comunicarle la fatal nueva. Él, que acababa de saldar la cuenta de las deudas en nombre de la familia, temblaba ante la idea de hablar de aquellas cosas. Cuando iba de la calle del Bercaill al palacio de Esgrignon, el buen notario temblaba como una joven que huye de la casa paterna para volver á ella madre y desolada. La señorita Armada acababa de recibir una carta llena de encantadora poesía, en la que su sobrino parecía ser el hombre más feliz del mundo. Después de haber ido á Eaux y á Italia con la señora de Maufrigneuse, Victoriano enviaba el diario de su viaje á su tía. Todas las frases de sus cartas respiraban amor. Ora una maravillosa descripción de Venecia y encantadoras apreciaciones acerca de las obras maestras del arte italiano, ya divinas páginas acerca de la catedral de Milán y de Florencia; aquí la descripción de los Apeninos, opuesta á la de los Alpes; allí aldeas como la de Chiavari, en las que se respiraba dicha por todas partes, fascinaban á la pobre tía, que veía cerniéndose á través de aquellas comarcas á un ángel cuya ternura comunicaba un ambiente ardiente á tan hermosas cosas. La señorita Armada saboreaba aquella carta á intervalos, cual debía hacerlo una soltera juiciosa madurada al calor de las pasiones comprimidas, víctima de los deseos ofrecidos en holocausto en el altar doméstico con un goce constante. Ella no tenía aire angelical como la duquesa, pero se parecía entonces á esas estatuas derechas y rígidas, de color amarillo, que los maravillosos artistas de las catedrales han colocado en algunos ángulos, y al pie de las cuales la humedad permite crecer á la corregüela. En este momento, la señorita Armada amaba fantásticamente á esta hermosa pareja, no encontraba condenable el amor de una mujer casada por Victoriano, amor que hubiese vituperado en cualquiera otro; sino que el crimen, por el contrario, hubiera sido no amar á su sobrino. Los tíos,

las madres y las hermanas tienen una jurisprudencia particular para sus sobrinos, sus hijos y sus hermanos. Armanda se veía, pues, en medio de los palacios construidos por las hadas en las dos orillas del gran canal de Venecia, y creía estar en la góndola de Victoriano, el cual le decía lo muy feliz que era sintiendo en su mano la hermosa mano de la duquesa, y viéndose amado y viajando apoyado en el seno de aquella amorosa reina de los mares italianos. En este momento de angelical beatitud apareció Chesnel al extremo de la calle de árboles. ¡Ay de mí! La arena chillaba bajo sus pies, y este ruido y la presencia de Chesnel en un estado de horrible desolación produjeron á la solterona la cruel emoción que causa la llamada de los sentidos sacados de la realidad y enviados por el alma á países imaginarios.

—¿Qué hay?—exclamó como herida en el corazón.

—¡Todo está perdido!—dijo Chesnel.—El señor conde deshonrará la casa si no procuramos evitarlo.

Y dicho esto, le enseñó las letras de cambio, y en palabras breves, pero enérgicas y conmovedoras, le relató las torturas que había sufrido durante aquellos cuatro días.

—El desgraciado nos engaña—exclamó la señorita Armanda, cuyo pecho se agitó con la afluencia de la sangre al corazón.

—Señorita, entonemos nuestro *Mea culpa*—repuso el anciano con voz enérgica.—Nosotros lo hemos acostumbrado á hacer su capricho y necesitaba un guía severo, guía que no podía ser ni usted, que es una joven, ni yo, á quien no hacía caso: no ha tenido madre.

—¡Hay terribles fatalidades para las razas nobles que caen!—dijo la señorita Armanda con los ojos inundados en llanto.

En este momento se presentó el marqués. El anciano volvía de su paseo leyendo la carta que le había escrito su hijo al volver del viaje, describiéndole éste desde el punto de vista aristocrático. Victoriano había sido recibido por las mejores familias italianas de Génova, Turín, Milán, Florencia, Venecia, Roma y Nápoles, y había debido su halagüeña acogida á su nombre y tal vez también á la duquesa. En fin, se había presentado magníficamente, como debía presentarse un Esgrignon.

—Tú habrás hecho alguna de las tuyas, Chesnel—le dijo al anciano notario.

La señorita Armanda le hizo una seña á Chesnel, seña

marcada y terrible que fué igualmente comprendida por ambos. Aquel pobre padre, aquella flor de honor feudal, debía morir con sus ilusiones. Un pacto de silencio y de sacrificio entre el buen notario y la noble joven quedó cerrado mediante una sencilla inclinación de cabeza.

—¡Ah! Chesnel, no fué precisamente de ese modo como los Esgrignon se trasladaron á Italia en el siglo xv, cuando el mariscal Triburce, al servicio de Francia, estaba á las órdenes de un Esgrignon, que tenía á Bayard bajo su mando. Otros tiempos, otros placeres. Por otra parte, la duquesa de Maufrigneuse vale tanto como la marquesa de Spinola.

El anciano, subido á su árbol genealógico, se balanceaba con fatuidad cual si hubiese poseído á la marquesa de Spinola y á la moderna duquesa. Cuando los dos afligidos quedaron solos, sentados en el mismo banco y movidos por un mismo pensamiento, se dijeron durante un rato palabras vagas, insignificantes, mientras contemplaban á aquel padre feliz que se iba gesticulando como si hablase consigo mismo.

—¿Qué va á ocurrir?—decía la señorita Armanda.

—Croisier ha dado orden á los señores Keller para que no le entreguen más sumas—respondió Chesnel.

—¿Tiene deudas?—repuso la señorita Armanda.

—Mucho me lo temo.

—Y si no tiene recursos, ¿qué hará?

—No me atrevo á responderme á mí mismo.

—Pero es preciso arrancarle de esa vida, traerle aquí, porque llegará á estar falto de todo.

—Y á faltar á todo—repitió lúgubrementes Chesnel.

La señorita Armanda no comprendió esta frase, porque no podía comprenderla.

—¿Cómo arrancarlo de los brazos de esa mujer, de esa duquesa, que es tal vez la causa de esto?

—Hará crímenes para permanecer á su lado—dijo Chesnel, procurando llegar por medio de transiciones soportables á una idea insostenible.

—¡Crímenes!—repitió la señorita Armanda.—¡Ah! Chesnel, esa idea no puede ocurrírsele más que á usted—añadió dirigiéndole una mirada anonadadora, la mirada con que la mujer puede petrificar á los dioses.—Los hidalgos no cometen más crímenes que los llamados de alta traición, y entonces se les corta la cabeza sobre un paño negro, como á los reyes.

—Los tiempos han cambiado mucho—dijo Chesnel meneando la cabeza, cuyos últimos cabellos había hecho caer Victoriano.—Vuestro rey mártir no murió como Carlos de Inglaterra.

Esta reflexión calmó la sublime cólera de la noble soltera, que sintió un estremecimiento á pesar de que no creía aún en la idea de Chesnel.

—Es preciso reflexionar, y mañana tomaremos una decisión. En caso de desgracia, nos quedan nuestros bienes.

—Sí—repuso Chesnel,—y como los tiene usted individuos con el señor y la mayor parte le pertenecen á usted, se podrán hipotecar sin decirle nada.

Durante la velada de aquel día, los jugadores y las jugadoras de boston, de whist y de chaquete notaron alguna agitación en las facciones de la señorita Armanda, tan tranquilas y puras de ordinario.

—¡Pobre y sublime muchacha!—dijo la noble anciana de Casterán,—aun debe sufrir. Una mujer no sabe nunca á lo que se compromete, cuando hace los sacrificios que ella ha hecho por su casa.

Al día siguiente quedó decidido con Chesnel que la señorita Armanda iría con él á París para sacar á su sobrino de la perdición. Si alguien podía lograr la vuelta de Victoriano, ¿quién mejor que la mujer que le había servido de madre? La señorita Armanda, decidida á ir á ver á la duquesa de Maufrigneuse, quiso declarárselo todo á esta mujer, pero fué preciso un pretexto para justificar aquel viaje á los ojos del marqués y de la villa. La señorita Armanda arriesgó su pudor de soltera virtuosa dejando creer en la existencia de una enfermedad que exigía una consulta de médicos sabios y de renombre. ¡Sólo Dios sabe lo que se habló de ello! Pero la señorita Armanda veía en peligro otro honor que no era el suyo. Partió. Chesnel le llevó su último saco de luisas, saco que ella tomó sin hacer caso apenas, como tomaba su capota blanca y sus mitones de hiló.

—¡Generosa muchacha! ¡Qué gracia! — dijo Chesnel acompañando hasta el coche á ella y á su camarera, que parecía una monja.

Croisier había calculado su venganza, como lo calculan todo los provincianos. No hay nada en el mundo como los salvajes, los aldeanos y los provincianos para estudiar á

fondo sus negocios en todos los sentidos; así es que cuando pasan de la teoría á la práctica, no hay nada que falle. Los diplomáticos son niños al lado de estas tres clases de mamíferos, que disponen de tiempo sobrado, ese elemento que les falta á las gentes obligadas á pensar en muchas cosas, á dirigirlo todo y á prepararlo todo en los grandes negocios humanos. ¿Croisier había sondado tan bien el corazón del pobre Victoriano que hubiese previsto la facilidad con que se prestaba á su venganza, ó bien aprovechó una casualidad acechada hacía ya algunos años? Hay indudablemente un detalle que prueba una cierta habilidad en la manera como se prepara el golpe. ¿Quién avisaba á Croisier? ¿Eran los Keller? ¿Era el hijo del presidente Ronceret, que acababa la carrera de derecho en París? Croisier escribió á Victoriano una carta para anunciarle que había prohibido á los Keller que le anticipasen en lo sucesivo ninguna suma, en el momento preciso en que sabía que la duquesa de Maufrigneuse se hallaba en los mayores apuros y que el conde de Esgrignon estaba devorado por una miseria tan espantosa como sabiamente disfrazada. Este desdichado joven empleaba su ingenio en fingir la opulencia. Aquella carta, en que decía á la víctima que los Keller no le entregarían nada sin valores, dejaba entre el cuerpo de la misma y la firma un espacio bastante considerable, de tal modo, que cortando el fragmento último de la carta, se podía hacer un efecto por una suma considerable. Aquella infernal carta llegaba hasta la primera página de la segunda hoja, iba bajo sobre, y por lo tanto, el reverso estaba en blanco. Cuando llegó á manos de Victoriano, éste rodaba en los abismos de la desesperación. Después de dos años pasados en la vida más feliz, más sensual y más deliciosa, se veía cara á cara con una inexorable miseria, una imposibilidad absoluta de tener dinero. El viaje no se había acabado sin algunos apuros pecuniarios. El conde había arrancado con bastante dificultad y con la ayuda de la duquesa algunas sumas á varios banqueros. Estas sumas, representadas por letras de cambio, iban á presentarse ante él con todo su rigor, con las intimaciones implacables de la banca y de la jurisprudencia comercial. A través de sus últimos goces, este desgraciado muchacho sentía la punta de la espada del Comendador, y en medio de sus cenas oía, como don Juan, el pesado ruido de la estatua que subía las escaleras, y experimentaba esos indecibles estremecimientos que produce

el *siroco* de deudas. No contaba más que con la casualidad. Había ganado siempre á la lotería y su bolsillo estaba siempre lleno. Se decía que después de Chesnel se había presentado Croisier, y que después de Croisier se presentaría alguna otra mina de oro. Por otra parte, ganaba grandes sumas al juego. El juego le había salvado ya de muchos graves pasos. Frecuentemente, llevado de una loca esperanza, iba á perder al salón de los Extranjeros la ganancia que había obtenido en el círculo ó en los salones. Hacía dos meses que su vida se parecía al inmortal final del *Don Juan* de Mozart. Esta música debe hacer estremecer á ciertos jóvenes llegados á la situación de que procuraba salir Victoriano. Si algo puede probar el inmenso poder de la música, ¿no es esta sublime traducción del desorden, de los apuros que nacen en una vida exclusivamente voluptuosa, esa pintura espantosa de la resolución de aturdirse con las deudas, con los duelos, con los engaños y con las malas artes? Mozart es, en este trozo, el feliz rival de Molière. Aquel terrible final, ardiente, vigoroso, desesperado, gozoso, lleno de fantasmas horribles y de mujeres duendes, señalado con una última tentativa iluminada por los vinos de la cena, todo aquel infernal poema lo representaba Victoriano por sí solo. Se veía solo, abandonado, sin amigos, ante una piedra en la cual estaba escrita la palabra FIN, como al final de un libro encantador. Sí, todo iba á acabar para él. Veía de antemano la mirada fría y burlona y la sonrisa con que sus compañeros acogerían el relato de su desastre, pues sabía que de todos aquellos que aventuraban importantes sumas en el tapete verde que París coloca en la Bolsa, en los salones y en los círculos, ninguno distraería un billete de banco para salvar á un amigo. Chesnel debía estar arruinado. Victoriano había devorado á Chesnel. Todas las furias se movían en su corazón y se lo repartían cuando sonreía á la duquesa, en los Italianos, en aquel palco donde su dicha causaba envidia á todo el mundo. En fin, para explicar hasta dónde rodaba en el abismo de la duda, de la desesperación y de la incredulidad, él, que amaba la vida hasta el punto de ser cobarde por conservarla (¡aquel ángel se la hacía tan bella!), pues bien, él, aquel voluptuoso mal sujeto, indigno de su nombre, contemplaba con cariño sus pistolas, llegando á veces hasta á concebir el suicidio. Él, que no hubiera sufrido la apariencia de una injuria, se dirigía esas horribles amonestaciones que sólo se pueden es-

cuchar de sí mismo. Victoriano dejó la carta de Croisier abierta sobre la cama: eran las nueve cuando José se la entregó, y había dormido al salir de la Opera, á pesar de que sus muebles estaban embargados. Pero había pasado por el voluptuoso reducto en que la duquesa y él se volvían á hallar durante algunas horas después de las fiestas de la corte, después de los bailes más brillantes y de las veladas más espléndidas. Las apariencias estaban hábilmente cubiertas. Este reducto era una buhardilla, vulgar en apariencia, en la que la señora Maufrigneuse se veía obligada al entrar á bajar la cabeza, cargada de plumas y de flores. La víspera de perecer, el conde había querido decir adiós á aquel nido elegante edificado por él, que lo había convertido en una poesía digna de su ángel y en donde en lo sucesivo los huevos encantados, deshechos por la desgracia, no harían brotar ya blancas palomas, brillantes bengalís, flamantes rosas y esos mil pájaros fantásticos que revolotean aún sobre nuestras cabezas durante los últimos días de la vida. ¡Ay de mí! al cabo de tres días era preciso huir, pues las persecuciones por letras de cambio entregadas á usureros habían llegado al último término, al último plazo. Se le ocurrió de pronto una idea atroz: huir con la duquesa, ir á vivir á un rincón ignorado, al interior de la América del Sur, pero huir con una fortuna, dejando burlados á los acreedores con sus títulos. Para realizar este plan, bastaba cortar la parte inferior de aquella carta firmada por Croisier, hacer con ella un efecto y llevarlo á casa de los Keller. Aquello fué un combate espantoso en que hubo derramamiento de lágrimas y en que el honor de la raza triunfó, pero condicionalmente. Victoriano quiso estar seguro de su hermosa Diana, y subordinando la ejecución de su plan al asentimiento que ésta diese á la huida, se fué á casa de la duquesa, hallándola vestida con uno de esos coquetuelos *négligés* que le costaban tantos cuidados como dinero y que le permitían comenzar su papel de ángel desde las doce de la mañana.

La señora de Maufrigneuse estaba medio pensativa: la devoraban las mismas inquietudes que á Victoriano, pero ella las soportaba con valor. Entre las diversas organizaciones que los fisiologistas han notado en la mujer, existe una que tiene un no sé qué de terrible que implica un vigor de alma, una lucidez de comprensión, una prontitud de decisión, una despreocupación, ó mejor dicho, una resolución

acerca de ciertas cosas, que asustarían á un hombre. Estas facultades están escondidas bajo los exteriores de la divinidad más graciosa. Estas mujeres, solas entre las mujeres, ofrecen la reunión, ó mejor dicho, el combate de dos seres cuya existencia no reconocía Buffon más que en el hombre. Las demás mujeres son enteramente mujeres, enteramente buenas, enteramente madres, enteramente abnegadas, enteramente nulas ó fastidiosas; sus nervios están de acuerdo con su sangre, y la sangre con su cabeza; pero las mujeres como la duquesa pueden llegar á todo lo que la sensibilidad tiene de más elevado, y dar pruebas de la insensibilidad más egoísta. Una de las glorias de Molière consiste en haber descrito admirablemente, de un solo lado nada más, esa naturaleza de mujeres en la mayor figura que ha tallado en piedra mármol: ¡Celimenes! Celimenes, que representa á la mujer aristocrática, como Figaro, segunda edición de Panurgo, representa al pueblo. Anonadada de este modo con el peso de enormes deudas, la duquesa, al igual que Napoleón, que olvidaba y recogía á voluntad el fardo de sus pensamientos, se había ordenado á sí misma el no pensar en aquella avalancha de cuidados más que un solo momento para tomar una decisión definitiva. Tenía la facultad de separarse de sí misma y de contemplar el desastre á algunos pasos, en lugar de dejarse enterrar por él, lo cual era ciertamente grande, pero horrible en una mujer. Entre la hora de levantarse y la hora de ponerse á hacer su tocado había contemplado el peligro en toda su extensión y había considerado la posibilidad de una caída espantosa. Meditaba, pues: la huida á un país extranjero, ó ir al rey y declararle su deuda, ó seducir á un Tillet ó á un Nucingen y pagar jugando á la Bolsa. Estos diversos medios, aquella catástrofe, todo había sido deliberado fríamente, con calma, sin trepidación. De igual modo que un naturalista toma el lepidóptero más magnífico y lo clava con un alfiler, la duquesa de Maufrigneuse se había quitado el amor del corazón para pensar en la necesidad del momento, si bien se hallaba dispuesta á reanudar su hermosa pasión una vez salvada su corona de duquesa. Nada de indecisiones, que Richelieu sólo confiaba al padre José y que Napoleón ocultó primero á todo el mundo; ella se había dicho: ó esto ó aquello. Cuando Victoriano entró, la duquesa estaba junto al fuego pidiendo su traje para ir al Bosque si el tiempo lo permitía.

A pesar de sus capacidades y de su animado ingenio, el conde estaba como hubiera debido estar aquella mujer: sudoroso, con palpitaciones de corazón y sin atreverse á poner su mano sobre una piedra angular que, retirada, podía derrumbar la pirámide de su mutua existencia. ¡Le costaba tanto el adquirir una certidumbre! A los hombres más fuertes les gusta engañarse á sí mismos acerca de ciertas cosas en que la verdad conocida les humillaría. Victoriano se propuso plantear con claridad la cuestión, soltando una frase comprometedora.

—¿Qué tiene usted?—había sido la primera frase de Diana al ver la actitud de su querido Victoriano.

—Mi querida Diana, estoy en tan gran apuro, que un hombre sumido en el mar y dando la última boqueada es feliz en comparación conmigo.

—¡Bah!—dijo ella.—¡Miserias! es usted un niño. Vamos á ver, diga.

—Estoy plagado de deudas y he llegado al último extremo.

—¿No es más que eso?—le dijo ella sonriéndose.—Todos los asuntos de dinero se arreglan de una manera ó de otra. Lo único irreparable son los desastres del corazón.

Libre ya de un gran peso mediante esta comprensión súbita de su posición, Victoriano desarrolló el brillante relato de su vida durante aquellos treinta meses, pero lo hizo con talento y con ingenio sobre todo, desplegando esa poesía del momento que no le falta á nadie en las grandes crisis y barnizándolo con un elegante desprecio por las cosas y por los hombres. Aquello fué aristocrático. La duquesa escuchaba como ella sabía escuchar, con el codo apoyado en la rodilla, que mantenía muy alta, y el pie sobre un taburete. Sus dedos estaban lindamente agrupados en torno de su bonita barba y mantenía sus ojos fijos en los del conde, pero miriadas de sentimientos aparecían bajo su azul, cual resplandores de tormenta entre dos nubes. Tenía la frente serena, la boca seria y los labios pendientes de los labios de Victoriano. Ser escuchado así era motivo para creer que el amor divino emanaba de aquel corazón. Cuando el conde propuso la huida á aquella alma fija en la suya, se vió obligado á exclamar: *¡Es usted un ángel!* La hermosa Maufrigneuse respondió sin haber aún hablado.

—Bien, bien—dijo la duquesa, que en lugar de estar

entregada al amor que denotaba, se entregaba á profundas meditaciones cuyo secreto se guardaba para sí.—No se trata de eso, amigo mío. Pensemos en usted. Sí, partiremos, y cuanto antes mejor. Arréglole usted todo: yo le seguiré. Es hermoso dejar plantado á París y al mundo. Voy á hacer mis preparativos de modo que nadie pueda sospechar nada.

Esta frase *le seguiré*, fué dicha cual la hubiese dicho en aquella época la Mars para hacer estremecer á dos mil espectadores. Cuando una duquesa de Maufrigneuse ofrece con semejante frase un sacrificio tan grande al amor, ha pagado su deuda. ¿Es, pues, posible hablarle de innobles detalles? Victoriano pudo ocultar tanto mejor los medios que pensaba emplear, cuanto que Diana se guardó bien de interrogarle. Como decía de Marsay, quedó convidada al banquete coronado de rosas que todo hombre debía prepararle. Victoriano no quiso irse sin que esta promesa quedase sellada: necesitaba armarse de valor con su dicha para resolverse á ejecutar una acción que, según decía él, había de ser mal interpretada; pero contó, y esta fué su razón determinante, con su tía y con su padre para enterrar el escándalo, y contaba también con Chesnel para que buscara alguna transacción. Por otra parte, aquel *negocio* era el único medio de hipotecar las tierras de la familia. Con trescientos mil francos, el conde y la duquesa irían á vivir felices escondidos en algún palacio de Venecia, y olvidarían allí al universo entero. Los dos amantes se forjaron y se contaron su novela de antemano.

Al día siguiente, Victoriano hizo una letra de trescientos mil francos y la llevó á casa de los Keller. Los Keller pagaron, pues tenían en aquel momento fondos de Croisier, pero advirtieron á éste, por medio de una carta, que no girase más fondos contra ellos sin avisarles. Croisier, muy asombrado, pidió su cuenta, y al enviársela se lo explicó todo: su venganza estaba realizada.

Quando Victoriano tuvo su dinero, lo llevó á casa de la duquesa de Maufrigneuse, la cual metió en su *secrète* los billetes de banco, y quiso decir adiós al mundo yendo por última vez á la Opera. Victoriano estaba pensativo, distraído, inquieto; empezaba á reflexionar. Pensaba que su asiento en el palco de la duquesa podía costarle caro y que, después de haber puesto los trescientos mil francos en seguridad, haría mejor en coger el coche para ir á arro-

jarse á los pies de Chesnel confesándole sus apuros. Antes de salir, la duquesa no pudo menos de dirigir á Victoria-no una adorable mirada en la que brillaba el deseo de decir el último adiós á aquel nido que á ella le gustaba tanto. El conde, como hombre demasiado joven, perdió una noche. Al día siguiente, á las tres, estaba en el palacio de Maufrigneuse, á donde iba á recibir órdenes de la duquesa para partir al día siguiente á las doce de la noche.

—¿Por qué hemos de marchar?—le dijo ella.—He madurado con más calma el proyecto. La vizcondesa de Beauseant y la duquesa de Langeais han desaparecido, y mi huida tendría un no sé qué de vulgar. Haremos frente á la tormenta, esto será más hermoso; estoy segura del éxito.

Victoriano sintió un desvanecimiento, pareciéndole que su piel se disolvía y que su sangre brotaba de todas partes.

—¿Qué tiene usted?—exclamó la hermosa Diana al notar una vacilación que las mujeres no perdonan nunca.

Las gentes hábiles deben decir que *si* á todos los caprichos de las mujeres y luego sugerirles los motivos del *no*, dejándolas el ejercicio de su derecho de cambiar hasta lo infinito sus ideas, sus resoluciones y sus sufrimientos. Por primera vez, Victoriano tuvo un acceso de cólera, la cólera de las gentes débiles y poéticas, tormenta mezclada de lluvia y de rayos, pero sin truenos. A decir verdad, llegó á tratar muy mal á aquel ángel en cuya fe había confiado, hasta el punto de aventurar más que su vida, el honor de su casa.

—He aquí lo que nos espera después de diez y ocho meses de ternura. Me hace usted daño, mucho daño; váyase de aquí, no quiero volver á verle. He creído que me amaba usted, y veo que no me ama.

—¿Que no la amo á usted? ¡que no la amo!—preguntó el joven, petrificado ante aquel reproche.

—No, señor.

—¿Todavía?—exclamó.—¡Ah! ¡si supiese usted lo que acabo de hacer por usted!

—Caballero, ¿qué puede usted haber hecho por mí? Como si no se tuviese el deber de hacerlo todo por una mujer que ha hecho tanto por usted.

—No es usted digna de saberlo—exclamó Victoriano rabioso.

—¡Ah!